

EVOCACION DE UNA RUTA MIRONIANA

MEDIABA junio de 1961. Alumnos y Profesores de la sección de Románicas de la Universidad de Murcia se disponen, como colofón de las tareas académicas del curso, a vivir por unos días la ruta mironiana en torno a la Marina alicantina. Al frente de todos el llorado maestro Valbuena Prat, a quien acompañan los profesores Baquero Goyanes, Vilá Valentí, Ruiz de Elvira, Sobejano Alcayna, De Hoyos Ruiz y Barceló Jiménez. En Alicante, como prueba de confraternidad, se une al grupo el escritor Vicente Ramos, conocedor como nadie de la obra de Miró y de otros escritores de la región. Vicente sería el afortunado evocador de los textos mironianos a través de la *Geografía de la Marina*. En la promoción de alumnos, destacados por sus inquietudes literarias, observamos hoy que casi todos profesan en centros docentes con decidida vocación y competencia singular. Consoladora satisfacción de los maestros de la Universidad murciana.

Avistando Orihuela —la Oleza de las obras de Miró—, nos sorprende el humanista Sobejano, ya desaparecido al igual que el profesor Valbuena, con el recital y sabroso comentario de unos oportunos textos sobre la ciudad episcopal. Llega la expedición a Alicante, y Vicente Ramos programa minuciosamente el itinerario a seguir. Camino de Benidorm, en donde establecemos el “cuartel general”, el escritor alicantino, que porta bajo el brazo las obras completas de Miró, evoca aquel paisaje connotado en *Años y Leguas*:



“Tierra de labranza. Olivos y almendros subiendo por las laderas; arboladas recónditas junto a los casales; el árbol de olor del Paraíso; un ciprés y la vid en el portal; piteras, girasoles, geranios cerrando la redondez de la noria; escalones de viña; felpas de pinares; la escarpa cerril; las frentes desnudas de los montes, rojas y moradas, esculpidas en el suelo...”.

Desde Benidorm, sugerido en Miró con las siguientes intuiciones:

“Benidorm sumergido entre azules perfectos mediterráneos. Una gracia, una felicidad inocente de claridades que, como la felicidad y la inocencia de los hombres, daba miedo de que se rompiesen”.

se otea, de un lado la costa hacia el levante con el fondo de Ifach; hacia el norte Aitana y sus estribaciones de Monte Helado; hacia el interior el valle de la Marina que riega el Algar con sus escasas aguas, y en donde se asientan Callosa de Ensarriá, Tárbeno, Guadalest, Polop de la Marina..., con recuerdos mironianos a flor de tierra.

Ifach, evocado y vivido por los expedicionarios, da ocasión a saborear la plasticidad de la prosa de Miró:

“Ifach es de paños preciosos, de bronces ardientes, de piedras de gloria. Rocas encendidas, talladas por el filo del viento. Abside con pecho de bergantín que corta inmóvilmente las aguas. Animación y gracia de escultura; torso y rodillas vibrando de luz marina bajo los pliegues dóciles y las escarpas verticales de la peña; ímpetu contenido por la orla de la falda, cogida tirantemente a la costa. Silencio y retumbo de frescura salada. Silencio exaltado, como un grito de la cincelación de la luz”.

Antes queda atrás el Mascarat, que bien merece la pena unos momentos de contemplación saboreando la luz y el azul del atrevido paisaje modificado por la mano del hombre:

“Llegaban al collado de Calpe, que se desgarran verticalmente en el barranco del Mascarat. Se desploman la luz y el silencio que pasan por el filo de los montes. Aunque se interne allí la carretera, la más



EVOCACION DE UNA RUTA MIRONIANA (1961)



En la ruta de Miró, junto al Cementerio de Polop, los alumnos de la Facultad de Letras de Murcia con los Profesores Valbuena Prat, Baquero Goyanes, de Hoyos y Barceló Jiménez.



Vicente Ramos leyendo unas páginas de Miró ante los profesores y alumnos que recorrieron la ruta de Miró. Entre ellos los profesores Ruiz de Elvira y Ruiz-Funes.



Don Angel Valbuena con Antonio de Hoyos, Juan Barceló y algunos alumnos excursionistas por la ruta de Miró.



Don Andrés Sobejano junto a los Profesores Vilá Valentí y Barceló Jiménez en un momento de reposo en la ruta de Miró.

vieja de la provincia, por un puente fino, alto, como un vendaval, entre dos túneles, y aunque ahora cuelgue como un avión aplastado el viaducto de un ferrocarril lugareño, el silencio y la luz tienen una calidad de civilizaciones antiguas, sumergidas en la inocencia del mar, que aparecen entre los cortes de losas, en el sosiego de una cala”.

En Ifach se rinde jornada intensa y agotadora en el primer día de ruta por la Marina alicantina. Sobejano y Vilá descansan; Baquero y Hoyos observan mironianamente el paisaje: Valbuena bromea, e incluso explica y comenta experiencias oníricas, acaso por sus aficiones por el psicoanálisis. Algunos alumnos y alumnas toman el regenerador baño; los más reacios al atuendo bañista —unos honorables hermanos Maristas—, adquieren recuerdos en el poblado veraniego.

Al día siguiente la ruta se desvía hacia el interior. Con Aitana al fondo, Tárbenas se viene encima camino de Guadalest y Polop de la Marina. El profesor Sobejano inunda de chistosas y oportunas anécdotas el viaje por las quebradas carreteras. En Guadalest nos rendimos ante sus atrayentes bellezas y complicada estructura. Allí nos encontramos con Paco, un veterano bedel de un Instituto de Murcia, y natural de estas tierras. Miró describe Guadalest con prosa preciosa y cabal, plástica y poética. Admiramos su torre, su cementerio, su túnel, su balconada, su paisaje y sus hombres:

“Así quedó Guadalest esculpido en peñones fundamentales de un rango de paisaje y de linaje. La casona en canchal de hierro. Sus ventanas más grandes se vuelven menudas y estremecidas de altitud. Se despeña el silencio en un torrente de años, se pierde el sol entre las ortigas, y cae la luna como un sudor que se hiela en los escombros huesudos. Arriba, sólo, en un prisma de pedernal, el campanario con esquilonas que se cogen de las manos abiertas. Al otro lado de la casa, la Iglesia, que respira olor a ciprés. Está el Calvario del pueblo aserrado y clavado en canceles, reclinatorios, pilares, cómodas de sacristía; y dentro de ese vaho de resina de cipreses, la Asunción, muerta en su cama de ropas de novia, con el pelo negro y glacial tendido por los hombros, espera la gloria del aire de la procesión del quince de agosto”.

Polop es el escenario de *Huerto de cruces* de Miró. Junto a la puerta



de su cementerio, alumnos y profesores escuchan atentos la lectura que realiza Vicente Ramos, evocando el entierro de Manihuel. Las viejas tapias de la necrópolis rezuman recuerdos evocativos, que Valbuena no desprecia para sus comentarios posteriores. Nos imaginamos al maestro participando —como en otra ocasión en la procesión del Misterio de Elche— como actor de los oficios. Los textos serían de su agrado, ya que atentamente escuchaba:

"A media mañana principia a removerse el entierro de Manihuel por el camino del Calvario. Las piteras están en flor, tortas de flor amarilla y apretada como girasoles. Zumban las avispas. Cantan los gallos en los estercoleros. La máscara de la quijada de cabrón deja su risa entre las revueltas de los escarabajos.

Trae la cruz parroquial un mozo labrador de sotana corta y alpargatas nuevas. Los monacillos alzan los ciriales como follajes frescos, y el sacristán, con gafas de mal lector y cráneo moreno, calvo y español, lleva el acetre de bronce en el brazo como un cesto de fruta; en el puño, el libro de los responsorios, y de su bello le mana el caño de un Réquiem.

Detrás, en los hombros de cuatro jornaleros, se tuerce el ataúd negro como una barca vieja, hundida en el azul.

Resplandor amarillo de las vestimentas de oro pobre y felpa de luto. El párroco, con antiparras de mendigo, se abre los alones de la capa pluvial y se pisa el alba. El vicario, rojo, sudando bajo su sombrilla, se para, se enjuga, se asoma al valle, un alfoz verde de almendras y de higueras..."

Cuando cae la tarde se rinde etapa en Callosa de Ensarriá, de la que Miró ha evocado toda su vida:

"Calvario barroco de cipreses negros. Voltear de campanas a la redonda de las cumbres. Calles con toldos de cañizos. Fiestas y casa viejas. El Ayuntamiento con soportales de cal. En la sombra, un banco con los mismos abuelitos de siempre, que miran la lejanía desde la curva de sus cayados".

En esta ciudad el protagonista es Sobejano. Ante la inicial negativa de Baquero, al que el ocaso de la tarde le presagia la noche y la prisa por llegar



al descanso reparador, Sobejano, siempre meticuloso en cuestiones de etiqueta y por supuesto en la gastronomía del lugar, detiene la comitiva para visitar a unas viejas, en edad y amistad, amigas, de señorial porte y estancia. Pienso que el viejo profesor murciano intentaba evocar, esta vez pragmáticamente, aquella escena del *Libro de Sigüenza* titulada *La señora que hace dulces*. Porque, en efecto, fuimos obsequiados por las amigas de Sobejano con una variada muestra de golosinas de la tierra. A todos nos vino a la memoria la figura de Victoria o la señora de Oloriz.

Cuando aparecen las primeras estrellas en el rutilante firmamento de un atardecer levantino y mediterráneo llegamos a Benidorm. La ruta de Miró, siguiendo *Años y Leguas* estaba cumplida. Y una vez más, la Universidad de Murcia rindió tributo de admiración al escritor y estilista alicantino, también parte integrante del patrimonio cultural de los murcianos, y objeto de la sensibilidad de profesores y alumnos de esta Universidad murciana.

